**Repensando América Latina**

¿Regreso al futuro?

***Ronaldo Munck***

*Se podría argumentar que América Latina se encuentra en una encrucijada tan impor­tante como la de los años treinta. Mientras para algunos la región se ha librado de los peores efectos de la Gran Recesión, para otros el modelo de capitalismo extractivo no es sostenible en absoluto. Es evidente que está emergiendo una nueva hegemonía de la izqui­erda, pero para muchos analistas los esfuerzos de la izquierda han sido insuficientes y simplemente han mantenido el modelo económico neoliberal. Un replanteamiento de América Latina desde la perspectiva de José Carlos Mariátegui, Antonio Gramsci y Karl Polanyi—tres pensadores un tanto dispares que fueron formados por la crisis de 1929— podría ayudarnos a reinventar una vía progresista hacia el futuro.*

*It could be argued that Latin America is currently at a crossroads every bit as funda­mental as that of the 1930s. While according to some the region has escaped the worst impacts of the Great Recession, for others the model of extractive capitalism is simply not sustainable. Clearly there is a new left hegemony emerging, but for many analysts the left’s efforts have been insufficient and have simply continued the neoliberal economic model. A rethinking of Latin America from the perspective of three somewhat disparate thinkers who were shaped by the crisis of 1929—José Carlos Mariátegui, Antonio Gramsci, and Karl Polanyi—can help us reimagine a progressive way forward.*

***Palabras clave:*** *Mariátegui, Hegemonía, Gramsci, Movimientos indígenas, Globalización, Polanyi*

Desde el año 2000 la mayor parte de Latinoamérica - con las importantes excepciones de México y Colombia- ha tenido gobiernos de izquierdas de algún tipo. Es importante señalar ya desde el principio lo inusitado de estos gobiernos de izquierdas. Desde Jacobo Arbenz en Guatemala en los años 50 del siglo XX, Salvador Allende en Chile en los 70 y los Sandinistas en Nicaragua en los 90, no ha habido una izquierda que se definiese como tal en ningún gobierno de América Latina (a excepción de Cuba, por supuesto). Desde luego, tampoco tiene precedentes un giro de este tipo a lo largo de toda una región. También es significativo en términos de historia mundial que este giro a la izquierda (aunque lo que entraña aún está por determinar) haya ocurrido sólo una década después de la caída del muro de Berlín y la declaración de Fukuyama (1992) del "fin de la historia". Se suponía que nos estábamos moviendo hacia un mundo suave postideológico en el que la globalización neoliberal iba a ser completamente hegemónica. El que un presidente (Chávez)

Ronaldo Munck es Catedrático de Sociología en la universidad de Dublin City y editor participante de *Latin American Perspectives*.

LATIN AMERICAN PERSPECTIVES, Nº 203, Vol. 42 Nº 4, Julio 2015, 73–91 DOI: 10.1177/1540796915587000 © 2015 Latin American Perspectives

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

proclamase el "socialismo del siglo veintiuno" no es algo que se hubiese esperado en aquel momento.

Ha habido un enorme interés a escala internacional por el ascenso de los gobiernos de izquierdas en América Latina. No obstante, gran parte del análisis que ha generado a menudo se ha visto reducido a la "izquierda buena" frente a la "izquierda mala". Se considera que el primer tipo ha aprendido las lecciones económicas de la fase neoliberal y muestra un respeto sano por las normas políticas liberales democráticas de Occidente. El segundo se considera irresponsable desde el punto de vista económico y políticamente autoritario. En definitiva, se nos hace creer que hay una izquierda democrática y una izquierda populista. Esto es en esencia una perspectiva neocolonial, con su visión del buen salvaje, que ha aprendido bien la lección, y el colono rebelde, aún salvaje en parte, que recuperará sus costumbres, gastará dinero que no ha ganado y hará promesas falsas a la gente, todo sostenido por un tipo de carisma dudoso no racional, no europeo.

Respecto a las variantes de la izquierda, no hay una izquierda socialdemócrata claramente definida, aunque los socialistas chilenos y F. H. Cardoso en Brasil son los nombres que más suenan en este contexto. Hay quien puede considerar a estas figuras políticas como pertenecientes al centro-derecha. Sea como fuere, aspiran claramente a un modelo social-democrático de orden social. La democratización de la economía de mercado o por lo menos su regularización o reorganización para compensar las desigualdades que conlleva es una creencia clave. En términos políticos, predica una reforma del estado y una política social basada en el empoderamiento y la construcción de capacidades. El filósofo y político brasileño Roberto Mangabeira Unger (2011: 42), a quien se podría percibir como un socialdemócrata heterodoxo, sostiene claramente que "el empoderamiento, tanto educativo como económico, del trabajador y del ciudadano individual, la democratización de la economía de mercado y el establecimiento de una solidaridad social basada en la responsabilidad social requieren una profundización de la democracia". La democracia está en el núcleo de esta nueva corriente política latinoamericana, y esto es, probablemente, algo único.

La llamada izquierda populista no es, desde luego, una categoría autoproclamada sino más bien un epíteto desplegado contra los nacionalistas radicales por los observadores nacionales e internacionales. Podríamos decir que adopta un enfoque para democratizar la democracia distinto del de los discursos más socialdemócratas europeos que acabamos de mencionar. En el fondo de esta corriente "populista" subyace un compromiso con el nacionalismo económico y una recuperación de la categoría de pueblo. Así, por ejemplo, Néstor Kirchner en Argentina "estableció una línea discursiva divisoria" (Panizza, 2009: 245) entre el neoliberalismo antinacional anterior del Presidente Menem y los militares y su propio proyecto político, que se presentó como la manifestación en aquel momento de la política nacional-popular de los años 40 y 50. Su sistema económico reflejaba el neodesarrollismo que articulaba la Comisión Económica y Política para Latinoamérica, y su política estaba basada en la democracia y el personalismo. En lugar de interpretar esta "izquierda populista" desde un punto de vista exclusivamente negativo y antidemocrático, sería mejor concebirla como una izquierda consistente en una serie de gobiernos nacional-populares que representan una política nacional-popular del siglo XXI y que vuelven a equilibrar la globalización a favor del Estado Nacional.

Desde el punto de vista de la izquierda internacional, con frecuencia se considera que la alternativa progresista más importante es la izquierda de base o autonomista simbolizada con mayor claridad por los zapatistas. Desde luego, han circulado muchos mitos sobre los zapatistas, y su autonomismo nunca se ha teorizado verdaderamente, aunque *Change the World Without Taking Power,* John Holloway (2002) se acerca a una versión

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

no autorizada Para Holloway "el punto de partida de la reflexión teórica es la oposición, la negatividad, la lucha. De la ira es de donde nace el pensamiento". Dado que las relaciones capitalistas están en todas partes, incluso integradas en el estado, intentar tomar las riendas del poder por medios reformistas o revolucionarios es inútil. Así, "la lucha para liberar el poder no es la lucha para construir un contrapoder, sino más bien un antipoder". Esta estrategia es un rechazo del estado, del poder y de la forma de partido y, en mi opinión, es negativa en última instancia.

Existe, por supuesto, otra izquierda que no es ni socialdemócrata, ni populista ni autonomista. Se trata de una izquierda independiente que se enmarca en la tradición de Mariátegui y Gramsci, que no se centra en la realidad nacional sino en una perspectiva nacionalista. Se opone claramente a la nueva tradición socialdemócrata, a la que ve como inverosímil incluso en comparación con la socialdemocracia europea en su momento más álgido, cuando las condiciones eran mucho más favorables. Ha sido consciente desde hace mucho tiempo de las connotaciones negativas que tiene la política nacionalista y populista en la construcción de una estrategia para el poder de los trabajadores en Latinoamérica. Lo que quizás resulta más sorprendente es que es bastante crítica con la corriente autonomista, a la cual contrapone una reposicionamiento de la política en el centro. De este modo, Guillermo Almeyra (2004: 81) critica ferozmente a los Zapatistas por "refugiarse en un apoliticismo mal definido . . . caracterizado por el silencio y la ausencia total de debate sobre las grandes cuestiones nacionales e internacionales". Si bien hay un sentimiento de frustración hacia los partidos políticos, no es posible escapar del ámbito político - y de la cuestión del poder - escondiéndose detrás de las bases. Para que sea posible otro mundo, la resistencia desde abajo no es suficiente y se debe forjar una estrategia nueva para obtener el poder.

La mayor división en términos de estrategia política está en si los gobiernos despliegan un estilo político y políticas económicas populistas o no. De este modo, tenemos los gobiernos de la "izquierda buena" de Chile, Brasil y Uruguay frente a los gobiernos de la "izquierda populista" de Venezuela, Argentina, Ecuador y Bolivia. La izquierda que se comporta bien se percibe como honesta y responsable, huye del populismo y no se oculta tras una retórica vacía contra los EEUU. Sus políticas económicas son moderadas - neoliberalismo con rostro humano- y desde luego no se dedica a llevar a cabo renacionalizaciones. Para Morales (2008: 238) también hay una "izquierda de capa y espada" que "ofrece un paquete de iniciativas de bienestar social, impulsos al consumo y a los salarios, concesiones ad hoc a los intereses comerciales y saludos nacionalistas". Dada la fragilidad de la base que la sostiene, su éxito sólo puede ser efímero y depende de factores externos tales como el estar en proceso de recuperación de una crisis catastrófica (Argentina) o tener la fortuna de disfrutar de una enorme riqueza derivada del petróleo (Venezuela).

Este tipo de dicotomía es un poco caricaturesca y es necesario que la superemos. Una lectura alternativa a cargo de Steve Ellner (2012: 2), basada en un análisis atento de las pruebas, propone los gobiernos de Hugo Chávez (Venezuela), Evo Morales (Bolivia) y Rafael Correa (Ecuador) como una categoría común. Para él "los tres tenían amplias mayorías en el congreso que permitían el apoyo democrático a la transformación social, enfatizaban la participación social por encima de la productividad social, diversificaban las relaciones económicas y promovían una democracia nacional radical contraria a la democracia liberal tradicional". Desde luego la izquierda tradicional podría, con cierta justificación, decir que ésto no era socialismo tal y como ellos lo entendían. No obstante, en general no cabe duda de que esos tres gobiernos son verdaderamente radicales, con una base de participación popular considerable, y no se han dedicado a una persecución severa de la oposición.

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

Otros analistas, entre ellos Cardoso (2001), han identificado una izquierda socialdemócrata visible en Brasil (Cardoso y Lula), Chile (los gobiernos de la concertación) y Uruguay. Los orígenes políticos de los tres partidos del gobierno son bastante diferentes: el Partido de los Trabajadores centrado en el ámbito laboral en Brasil, la coalición Socialista-Démocrata-cristiana en Chile y la amplia izquierda Frente Amplio en Uruguay, que incluye a antiguos tupamaros. Aún así, se perciben como si hubiesen adoptado una dirección "responsable", que no amenaza a los intereses creados. En Chile, durante muchos años las estructuras políticas de Pinochet no se tocaron, y su estrategia económica ha permanecido más o menos intacta, si bien es cierto que se le ha añadido un "rostro humano". En Uruguay, un presidente que había sido líder de los tupamaros estaba al frente de un movimiento para comprometer el país a un acuerdo de libre comercio que iba en contra de los deseos de muchas personas y de dos vecinos grandes.

Probablemente sería acertado referirse, de manera no peyorativa, a la socialdemocratización de los tres gobiernos. Han asimilado algunos de los estandartes tradicionales de la socialdemocracia - un papel de dirección para el estado y una red de protección social- en una Latinoamérica que se mueve más allá de las políticas fundamentalistas de libre mercado. Cardoso (2001: 309) - un observador bien informado que participó en este giro histórico - sostiene que la "democracia social globalizada" de América Latina "reconoce que la estabilidad del proceso democrático depende en alguna medida del progreso económico. Pero en gran medida también depende de las políticas activas dirigidas a reducir la pobreza y a aumentar el bienestar social". Esto es esencialmente un enfoque de "economía social de mercado", aunque sea en las circunstancias tan diferentes del desarrollo dependiente. No cabe duda de que todos estos gobiernos podrían haber fomentado la transformación social por encima de la estabilidad, pero sus logros son significativos. La diferencia más grande con el grupo de gobiernos "populistas" es que éstos estaban basados en partidos políticos sólidos y por eso sus líderes no tenían la necesidad de construir un grupo de seguidores como hicieron Chávez, Morales y Correa.

Argentina no encaja directamente en ninguno de los dos grupos y se puede usar para desmantelar el paradigma simplista en exceso que predomina en las distintas variantes del análisis de la izquierda. Los teóricos de la oposición binaria izquierda buena - izquierda mala tienden a meter el "kirchnerismo" (Néstor Kirchner seguido de Cristina Fernández de Kirchner) firmemente en el saco malo del "populismo". Los Kirchner provienen del movimiento peronista y reflejan la política radical de los años 70 de los Montoneros, y la Juventud Peronista más ampliamente. Son firmemente nacionalistas y reclaman enérgicamente la recuperación de las Malvinas, en un lenguaje similar al empleado por Chávez. Sin embargo, sus políticas económicas son bastante tradicionales (basadas en la revitalización de sector de la exportación agrícola) y no han realizado una redistribución social importante. Hay esferas dentro del kirchnerismo que forman parte claramente de la izquierda antiimperialista. Mientras que la oligarquía tradicional sospecha del kirchnerismo (porque no lo controla), hay amplios sectores de la clase media que lo apoyan como una respuesta a la necesidad de estabilidad. El hecho de que no podamos encasillar al kirchnerismo debería, en mi opinión, hacernos desconfiar de cualquier modelo político que divida tajantemente los nuevos gobiernos "progresistas", "radicales", "de izquierdas" o "de centro-izquierda" que dominan la escena en América Latina en compartimentos estancos.

**LA PROBLEMÁTICA DE MARIÁTEGUI**

Para repensar América Latina hoy en día desde una perspectiva de izquierdas bien podría servir de inspiración la obra y el ejemplo de José Carlos Mariátegui (1894-1930),

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

el socialista peruano y organizador del trabajo que se propuso "latinoamericanizar" a Marx y hacerlo "adecuado" a un continente que éste había entendido muy mal (ver Aricó, 1983). Mariátegui tenía un compromiso intenso con la realidad social, económica, política y cultural de Perú en los años anteriores a 1930, cuando estalló una crisis y se abrió un período de transición que fueron muy importantes en Latinoamérica. Los años 20 fueron el escenario de una serie de revueltas de los indígenas de Perú que conformaron o, más bien, reformaron la visión política del cambio que tenía Mariátegui. Éste también fue, por supuesto, el periodo en el que la gran Revolución Mexicana se acercaba al final de su fase más activa. Muy lejos, en Rusia, la Revolución de Octubre de 1917 trajo al panorama internacional un nuevo sujeto de la Historia mundial, el proletariado, y una audaz ideología sobre la transformación social, el leninismo. Mariátegui, durante este período tumultuoso, sentó las bases para una comprensión marxista de América Latina original y crítica tanto en sus escritos como en su práctica política que recibe, una vez más, una atención renovada en un continente que está a la vanguardia del conflicto y del cambio.

En su corta pero muy activa e influyente carrera, Mariátegui fue organizador del trabajo, exiliado en Europa, periodista radical y líder del movimiento comunista emergente en América Latina. Los inicios de su carrera como periodista dieron forma a su estilo nítido y sin pretensiones y lo llevaron a apoyar las demandas revolucionarias de estudiantes y trabajadores en torno a 1917. En 1919, el dictador Augusto Leguía envió a Mariátegui al exilio; primero fue a Francia (donde conoció a Romain Rolland y a Henri Barbusse) y poco después a Italia, donde fue testigo de la movilización de los famosos consejos de fábrica de Turín de 1919 y la fundación del Partido Comunista de Italia en 1921. Al volver a Perú ya como marxista comprometido, se lanzó de lleno a la educación de los trabajadores (por medio del líder de la democracia nacionalista emergente Haya de la Torre) y en 1926 fundó la influyente revista *Amauta,* dedicada a las ideas críticas en todos los ámbitos de la vida. En 1928 fundó el Partido Socialista Peruano, del que fue el primer secretario general, y publicó su obra más importante, los *Siete Ensayos*. El Partido Socialista Peruano era un partido socialista de base amplia (con un núcleo comunista) que acabó creando la Central General de Trabajadores del Perú para organizar y liderar el movimiento de los trabajadores.

El marxismo de Mariátegui era lo que podríamos llamar "cálido", alejado de las pretensiones científicas de los marxismos analíticos y teoricistas (althusserismo) que dominaban América Latina en los años 70. Todo su pensamiento postulaba la implicación práctica con las vidas de los trabajadores y de los campesinos indígenas. Nunca fue un seguidor de la "práctica teórica" del leninismo o de las preocupaciones teóricas de lo que posteriormente se conoció como "marxismo occidental". Lejos de las ideas generales o grandiosas, centró sus energías en la transformación social como resultado de las prácticas y las tradiciones populares. Rechazando toda forma de "esencialismo de clase" que reducía la vida a los orígenes de clase, Mariátegui se centró en el potencial amplio, emancipatorio de las fuerzas sociales, populares y étnicas. Su pensamiento y su praxis eran exactamente la antítesis del estatismo que acabó dominando el marxismo latinoamericano. Para él había una necesidad acuciante de un socialismo práctico - que surgiese de la práctica diaria de las clases subalternas - que cambiase la sociedad, y de un estado fuerte que actuase desde arriba. Su fascinación con el pasado inca del Perú no se centraba sólo en el estado inca (y lo que los marxistas ortodoxos llamaban su modo de producción asiático) sino en sus prácticas sociales y su ética comunitaria, que él vio como prefigurativa del comunismo.

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

Mariátegui también entendió el nacionalismo y la cuestión nacionalista mejor que muchos marxistas de su época, y su enfoque está adquiriendo poder de influencia hoy en día. Los debates internacionales tendían a estar polarizados entre una pragmática leninista relativa a la "autodeterminación" y una oposición de principio a manchar la causa proletaria con los colores nacionalistas. La defensa de la soberanía nacional, para Mariátegui, se daba por supuesta y, por ejemplo, siguió muy de cerca y apoyó la revolución del Sinn Féin en Irlanda en la época. También realizó una crítica precoz del eurocentrismo, declarando rotundamente que "el socialismo era una doctrina internacional, pero su internacionalismo acababa en los confines de Occidente" (Mariátegui, 1969: 136). Para él, no obstante, sólo el socialismo podía conseguir la unidad de Nuestra América y sustituir los pequeños nacionalismos que habían surgido desde la independencia. Al mismo tiempo, Mariátegui rechazaba toda forma de romanticismo o de populismo que tuviese la vista puesta en el pasado. Fue muy influido por las corrientes culturales vanguardistas italianas de la época y disfrutaba con el futurismo. Estaba firmemente a favor del internacionalismo. Así, estaba bien situado para romper con las contraposiciones estériles del momento (y posteriores) del nacionalismo y el cosmopolitismo en América Latina.

Por último, Mariátegui aportó un compromiso marxista precoz a la situación y las aspiraciones de los pueblos amerindios, rompiendo así con su propio socialismo anterior, bastante ortodoxo con un marco europeo. Empezó a centrarse en la cuestión de la tierra como el factor principal subyacente a la subyugación amerindia. Sobre todo, clamó contra todas las formas de paternalismo: la liberación de los pueblos amerindios era un asunto que les concernía a ellos. Su análisis se basaba en una crítica precoz a los argumentos marxistas y dominantes sobre el "dualismo" entre el campo y la ciudad y entre los sectores avanzados y atrasados de la economía. Más bien, éstos se veían como una unidad dialéctica, y el camino de la transformación social tenía que concebirse de una manera holística. Mariátegui es hoy de nuevo sumamente contemporáneo en su análisis de la "economía indígena comunista" e incluso el "comunismo agrario" de los *ayllu* (comunidad inca) y sus principios de reciprocidad y redistribución de la riqueza, sus costumbres de cooperación y solidaridad y su "espíritu comunista" resultaron para él presagios de la transformación social necesaria en Perú y más ampliamente en Latinoamérica. Estas categorías forman una parte muy importante de los debates de los países andinos que en la actualidad tienen gobiernos de izquierdas (ver García Linera, 2006).

El pensamiento político y la praxis de Mariátegui se ha llevado en muchas direcciones por sus seguidores y sus críticos, y se ha visto como un populista, romántico y nacionalista burgués sin ningún concepto del poder. Hoy en día, como dice Miguel Mazzeo (2009: 57), "Necesitamos un Mariátegui que sea al tiempo preludio y primavera, sendero y promesa" para ayudarnos en la tarea de repensar, reinventar y reimaginar qué es Latinoamérica y cuáles son ahora las opciones para su transformación.

Mariátegui compartía con Gramsci una fuerte filosofía antipositivista, y es conveniente recordar que éste dio la bienvenida a la revolución rusa con un artículo titulado "Una revolución contra el capital" (Gramsci, 1978), rechazando así firmemente el evolucionismo mecánico del marxismo de la época. Pero Mariátegui fue mucho más allá al adaptar gran parte de la retórica del mito revolucionario de Sorel: "El proletariado tiene un mito: la revolución social. Se mueve hacia ese mito con una fe apasionada y activa. La burguesía niega; el proletariado afirma" (Vanden and Becker, 2011: 387). El énfasis en la fe, la pasión y la voluntad

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

causó una incomodidad notable en muchos estudiosos ortodoxos de Mariátegui, que solían achacar esta rama de su pensamiento a un error de juventud o a una desviación personal desafortunada. No obstante, una vez despojado de su esencialismo de clase - el proletariado como único sujeto revolucionario - el énfasis en la voluntad subjetiva y la realidad de que las transformaciones sociales no ocurren en un dominio puramente racional semejante a un laboratorio tienen hoy en día una gran relevancia.

Siguiendo a Mariátegui, podríamos decir que "no queremos que el socialismo americano sea una copia o una imitación, debería ser una creación heroica. Debemos dar vida al socialismo indoamericano con nuestra vida, en nuestro idioma" (Vanden and Becker, 2011: 130). Esta declaración no debería entenderse como una simple reacción nativista a una importación extranjera, y nunca ha habido dudas sobre el internacionalismo de Mariátegui. Era, sin embargo, una perspectiva que tenía muy presente la naturaleza profundamente eurocéntrica del socialismo reformista contemporáneo. Hoy en día vemos una tendencia, tanto en el análisis político dominante como en la contestación radical al orden establecido, a reflejar la visión del mundo y los enfoques analíticos del Atlántico Norte. Para repensar América Latina es necesario desarrollar una perspectiva latinoamericana que dé prioridad a los procesos de transformación social sobre el terreno ya existentes. De este modo, el conocimiento subalterno latinoamericano puede realizar una verdadera contribución a la búsqueda actual de un orden social que sea sostenible y equitativo tras el fracaso de la globalización neoliberal en el cumplimiento de sus promesas.

**GRAMSCI Y LA HEGEMONÍA PERIFÉRICA**

En una época en la que los viejos enfoques políticos están claramente obsoletos, un nuevo reencuentro con el pensamiento de Gramsci en Latinoamérica, que no esté lastrado por sus usos y abusos del pasado, es necesario. Su pensamiento en modo alguno se postula aquí como una simple clave para comprender la Latinoamérica contemporánea. Sin embargo, el arsenal conceptual que desarrolló en la cárcel tras la derrota del socialismo en Italia tiene un agarre considerable en la realidad latinoamericana y puede ejercer alguna influencia en su transformación progresiva. Por encima de todo, de Gramsci, como de Mariátegui, podemos adoptar un compromiso firme con el marxismo como crítica y no como dogma. Se trata en gran medida de un marxismo creativo, flexible y que no está cerrado en absoluto a otras corrientes intelectuales. Gramsci tenía un deseo coherente y único de forjar un vocabulario político capaz de comprender las formaciones sociales capitalistas periféricas y de armar a las clases subalternas con una estrategia alternativa a la sumisión y a la adaptación.

Si Mariátegui intentó "latinoamericanizar a Marx", nosotros también podríamos (siguiendo a Portantiero, 1983, y Aricó, 1988) intentar "latinoamericanizar" a Gramsci. Lo que él nos aporta es un repertorio increíblemente rico de conceptos - desde la revolución pasiva a la crisis orgánica, desde lo nacional-popular a la hegemonía y la contrahegemonía - que tiene relevancia para comprender la América Latina contemporánea. También hay una metodología clara que se basa en la comprensión de las realidades nacionales y en el consejo valiosísimo de equilibrar el "optimismo de la voluntad" con el "pesimismo de la inteligencia". Sin embargo, yo también diría que para que se conozca bien, su obra debe estar enraizada en la realidad de las luchas populares actuales de América Latina y de la aspiración de éstas de crear un mundo más allá del

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

neoliberalismo. En la época actual de la globalización y su crisis, la lucha por la emancipación en América Latina adopta múltiples formas. Gramsci en Latinoamérica, conjuntamente con Mariátegui, nos puede ayudar a deconstruir el imaginario hegemónico del neoliberalismo y a construir una cultura contrahegemónica.

El compromiso teórico y práctico de Gramsci con el desarrollo social, económico y político de Italia nos da un variado repertorio de conceptos que son pertinentes para un repensamiento de Latinoamérica en esa dirección. Se centró en los "estados periféricos típicos, como Italia, Polonia, España o Portugal, [donde] las fuerzas del estado son menos eficientes" (Gramsci, 1978: 409). Los estados latinoamericanos eran, y son todavía, periféricos en el orden global, y están caracterizados por un desarrollo tardío. Si se contextualiza adecuadamente - dentro del propio taller político de Gramsci, por así decirlo - se trata de un compromiso con cuestiones políticas que podría servir como fuente de inspiración para nuestra necesidad actual de un análisis crítico fundamentado.

La Italia con la que se comprometió Gramsci estaba caracterizada por un desarrollo desigual - simbolizado por la situación del Mezzogiorno - y la unificación nacional no se había alcanzado fácilmente. En un ensayo inconcluso de 1926 de título "Algunos aspectos de la cuestión del Sur" (Gransci: 1978: 441) siguió la relación entre ciudad y campo que subyacía al desarrollo desigual y que obstaculizaba la unificación política del país, que tuvo lugar en 1860. La integración económica, política y social había sido débil hasta el momento, y el estado-nación no se había consolidado hasta el Risorgimento. Asegurar la unificación nacional también suponía la integración institucional del estado, lo cual era un punto de interés constante para Gramsci. Según Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith (1971: 45) "El problema básico con el que se enfrentaba Gramsci era el de identificar las debilidades específicas del estado nacional italiano que emergió del Risorgimento [que culminó en la unificación en 1861] - debilidades que culminaron en la llegada al poder del fascismo sesenta años después".

La unificación italiana no se veía como una revolución clásica burguesa, y la Francia revolucionaria era un contrapunto constante. En Italia, según dice Gramsci (1971: 105), "de lo que se trataba no era de un grupo social que 'dirigía' a otros grupos, sino de un estado que, incluso si tenía limitaciones como poder, 'dirigía' al grupo que debería haber estado dirigiendo". Es este planteamiento, que descansa bajo el concepto clave de Gramsci de "revolución pasiva", lo que tiene, en mi opinión, una gran resonancia en Latinoamérica. El Risorgimento italiano es uno de estos casos, en los que presenciamos no una revolución sino "cambios moleculares que de hecho modifican progresivamente la composición de fuerzas preexistente, y por ello se convierte en la matriz de nuevos cambios" (109). Es éste un proceso histórico que Gramsci también califica de "revolución/restauración", y en Latinoamérica podemos detectar paralelismos claros en los procesos del siglo XXI de "modernización conservadora", en los que el cambio desde arriba incorpora y disipa las demandas de cambio de abajo.

Si hay un concepto general que da la llave al paradigma total gramsciano de la transformación social es la noción de hegemonía. Para Gramsci, la hegemonía es el proceso a través del cual una clase social se produce a sí misma como su propio sujeto histórico. Se mueve más allá de los estrechos intereses de clase para alcanzar el consenso en toda la sociedad. Refleja un proceso de dirigir y no simplemente de dominar al resto de la sociedad. Un sistema hegemónico lleva a la creación de un "bloque histórico" en el que la clase hegemónica domina a la sociedad por medio de las instituciones de la sociedad política (gobierno-estado) y de la sociedad civil (sociedad-estado). La hegemonía descansa no sólo en la coerción sino también, fundamentalmente, en el consentimiento.

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

La historia completa de Latinoamérica desde la Conquista debe verse como una lucha por la hegemonía por parte de las clases dominantes. No hubo una "revolución burguesa" en el sentido jacobino clásico de la Revolución Francesa. No hubo una *bourgeoisie conquérante* que se levantase para modernizar el país contra los terratenientes feudales reaccionarios. Más bien, la hegemonía siempre fue un asunto frágil basado en el compromiso con el orden establecido. Había, por supuesto, clases dominantes, pero casi nunca constituían una clase dirigente estable y poderosa que pudiese lograr el consentimiento y no sólo la dominación.

La economía política de desarrollo nacional bajo el modelo de industrialización por sustitución de importaciones posterior a los años 30 era correlativa al estado de compromiso típico del período populista. La crisis económica de los años 30 y la crisis posterior de representación política habían creado la necesidad de renovar el bloque histórico. La oligarquía agraria mantenía una posición de dominio, pero claramente había perdido su papel hegemónico. La industrialización estaba creando una clase trabajadora, pero el importante papel que desempeñaba el capital extranjero impedía la emergencia de una burguesía nacional fuerte que pudiese articular un proyecto hegemónico alternativo coherente. El estado de compromiso y la modalidad populista de la política representaban una forma de dominación política típica de un vacío de poder, sin una clase capaz de asumir un papel hegemónico.

El "estado de compromiso" era el modelo de estado apropiado para la época nacional-popular y para el compromiso con una industrialización dirigida por el estado. La época de la hegemonía oligárquica, en la que el estado simplemente expresaba los intereses de una clase o grupo social concreto, se había acabado. El equilibrio inestable entre los distintos sectores dominantes, algunos subían, otros bajaban, significaba que iban a tener que llegar a compromisos entre ellos. Como explican Garretón y otros (2003: 15) "la fórmula política resultante era una democracia y un autoritarismo híbridos, en torno a los cuales surgió, de una manera desigual, a veces implícita y a veces abrumada por la tensión, una coalición informal de los actores sociales y políticos más significativos para poder sostenerla. El declive del orden oligárquico había llevado a un período de mayor estabilidad en muchos países, incluyendo la emergencia de los regímenes militares. La industrialización y la urbanización habían creado un nuevo orden social, pero el sistema político sólo se adaptaba a él lentamente. El tipo de democracia que surgió fue, naturalmente, uno que reflejaba esas condiciones y que no reflejaba el modelo democrático liberal europeo.

El estado de compromiso nacional popular en América Latina desempeñó un papel fundamental en atraer a las clases subalternas al terreno político. La interpretación dominante que se ha hecho de él y el discurso popular que lo cimenta es que las clases dominantes lo han incluido para incorporar o desarmar a las clases subalternas. Es indudable que había un elemento de *transformismo* gramsciano en ello, en el que los sectores progresistas ven su discurso en manos de conservadores modernizadores, pero ésta no es la única interpretación posible. La interpretación que da prioridad a la manipulación ignora el elemento muy real de la movilización popular que el estado de compromiso facilitó o bien incitó de manera indirecta. Por ejemplo, aunque es una verdad indudable que Perón manipuló a las clases populares de Argentina y que incluso quizá las distrajo de una evolución hacia el socialismo continuando así la tendencia de los años 30, el peronismo también representó una entrada masiva de lo subalterno en la política y una ruptura radical del control del poder por parte de las élites de oligarcas terratenientes.

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

En términos de la elaboración de Gramsci de una teoría compleja del estado que sea adecuada a la era democrática moderna, la experiencia latinoamericana enriquece de manera considerable sus *Cuadernos de la cárcel.* El período de revolución pasiva había llevado al desarrollo nacional de la acumulación de capital pero de un modo que no resolvía las contradicciones políticas inherentes al proceso. El proyecto hegemónico era, en el mejor de los casos, incompleto, y desde luego no creaba una democracia sostenible. Lo que ocurrió, en cambio, fue una aceleración de la inestabilidad que reflejaba la variante progresista del cesarismo en el vocabulario gramsciano. "El cesarismo es progresista cuando su intervención lleva a la fuerza progresista al triunfo, incluso con la victoria templada por ciertos compromisos y limitaciones" (Gramsci, 1971: 222). Los años 30 fueron ciertamente una época de crisis y las contradicciones del régimen saltaron a un primer plano. Del catastrófico equilibrio resultante entre las diversas fuerzas sociales surgió el estado de compromiso como una expresión particular del cesarismo progresista de Gramsci, aunque con tintes nacional-populares mucho más fuertes.

Esta matriz estatista-nacional-popular sociopolítica, como explican Garretón y otros, era muy estable en su momento de esplendor. El modelo de desarrollo estaba basado en la industrialización nacional dirigida por el estado. El sistema político de representación estaba basado en un estado de compromiso con tendencias tanto democráticas como autoritarias, pero llegó un momento en el que las contradicciones del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y el del estado de compromiso salieron a la luz. Un momento decisivo fue el golpe de estado en Brasil en 1964 que llevó al poder a la primera de las dictaduras militares "modernas". Las movilizaciones masivas bajo el gobierno de Goulart se combinaron con la ineficacia del estado para controlarlas y con las condiciones económicas del momento para crear una percepción - exagerada quizás - de inestabilidad del régimen o incluso de crisis entre las clases dominantes. Los militares organizaron un relevo efectivo que se comprometía con el orden y la estabilidad y dieron ímpetu a la economía a través de la disciplina de trabajo. Podríamos, desde una perspectiva gramsciana, manejar la hipótesis de que el objetivo subyacente del golpe de 1964 fue crear un orden burgués hegemónico más estable.

**POLANYI Y EL MOVIMIENTO DOBLE**

Una serie de transformaciones económicas globales y de giros políticos en Latinoamérica se combinaron en lo que fue un paso decisivo para imponer políticas de libre mercado en la segunda mitad de los 70 y principios de los 80. El modelo de desarrollo antes dominante ya no funcionaba en términos económicos y no había sido capaz de asegurar una gobernanza hegemónica estable. El resultado fue un proceso de "desarraigo" del mercado, un concepto presente en los inicios de la economía política de Gramsci y en la teorización del periodo de la II Guerra Mundial de Karl Polanyi sobre la relación entre mercado y sociedad. Según las palabras que Polanyi (2001: 3), escribió durante el cataclismo de la guerra, "La fuente y matriz del sistema [capitalista] era el mercado autorregulado". Polanyi data el origen de la sociedad de mercado tal y como la conocemos hoy a la Revolución Industrial del siglo diecinueve en Gran Bretaña. Las sociedades anteriores se habían organizado sobre los principios de intercambio, reciprocidad y redistribución; ahora el intercambio basado en el mercado iba a ser la única variedad de

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

integración social y económica. Antes, los mercados eran un accesorio en un sistema controlado y regulado por la autoridad social. En adelante, el mercado ejerció el dominio incontestable y cambió la sociedad a su imagen y semejanza. "Una economía de mercado sólo puede existir en una sociedad de mercado" (74). El mercado autorregulador o autoadaptable era, para Polanyi, una " cruda utopía" en el sentido de que nunca se iba a poder alcanzar. "Tal institución no podría existir durante ningún periodo de tiempo sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad; destruiría físicamente al hombre y transformaría su entorno en un desierto"(3). Expresado en términos modernos, el mercado autorregulador no era sostenible desde un punto de vista social ni medioambiental.

En el núcleo de la interpretación no economista de Polanyi de la economía contemporánea se hallaba la noción de "arraigo", que desde entonces ha generado gran cantidad de escritos de sociología económica. Para Polanyi, la economía normalmente está arraigada en relaciones *sociales*; no es autónoma. El hogar del campesino autosuficiente precapitalista estaba regulado no por el mercado sino por el orden moral. Incluso cuando el mercantilismo empezó a poner en práctica el libre comercio desde el localismo, estaba muy regulado. De hecho, según Polanyi (2001: 71), "la regulación y los mercados, en efecto, han crecido juntos". Las relaciones económicas siempre habían estado subordinadas o sumergidas en las relaciones sociales que estaban en el núcleo de la existencia humana. Incluso hoy en día, en pleno auge de la globalización como matriz dominante del desarrollo, nos encontramos muchos ámbitos de la vida social, como el hogar, que no están subordinadas a la lógica del mercado.

El ascenso del orden liberal requiere, no obstante, el "desarraigo" sistemático de la economía de la sociedad. Es éste un orden en el que "en lugar de que la economía esté arraigada en las relacione sociales, las relaciones sociales están arraigadas en el sistema económico" (Polanyi, 2001: 135). Hay tendencias a largo plazo en virtud del capitalismo hacia la comercialización, la mercantilización y lo que podríamos llamar "economización". Todas implican un "desarraigo" de la economía y las relaciones económicas de los modos de regulación social, comunitaria, cultural o religiosa. Lo que Polanyi ha analizado en términos de la "gran transformación" forjada por la Revolución Industrial del siglo diecinueve lo podemos ver, de una manera magnificada y más intensa, en la revolución de la globalización de finales del siglo veinte.

**VÍAS LATINOAMERICANAS**

En Latinoamérica este proceso se ha materializado después de que el estado de compromiso fuese destrozado por le intervención militar y su modelo de desarrollo fuese derribado de manera igualmente decisiva. Algunos analistas señalan 1975 como un punto de inflexión a este respecto que fue tan decisivo y puntual como 1929 en el sentido de establecer claramente un antes y un después. Sea como fuere, el papel transformado y aumentado que desempeñaba la economía internacional a partir de esa fecha presenció el comienzo de un nuevo tipo de integración internacional. Desde la II Guerra Mundial, los países más industrializados de América Latina se habían integrado en el circuito internacional de la producción a través de la inversión extranjera directa. Ahora la internacionalización del circuito dinero-capital abrió una nueva era en la que los mercados financieros internacionales eran dominantes. La huida de capitales fuera de América Latina era una característica clave de

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

los años 70 y 80, con la liberalización económica aumentando aún más la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas. Los nuevos conglomerados financieros trajeron consigo transformaciones sociales profundas y también debilitaron gravemente la capacidad del estado de negociar con capital extranjero o de adoptar las medidas necesarias para el desarrollo económico nacional, un concepto que pronto se consideraría irrelevante con la llegada de la globalización en los años 90.

El impacto del nuevo modelo económico fue irregular en los distintos países, sectores económicos y clases sociales. Puede no haber restringido totalmente las opciones de los países en vías de desarrollo, pero es indudable que puso límites claros a lo que era posible. Actúa, como dice Cardoso (2001: 302) "más como una fuerza fragmentadora que como una fuerza niveladora que haría el mundo más homogéneo. Desconecta y reconecta segmentos de los países localmente e internacionalmente ya que el crecimiento económico produce más desigualdad. . . interna". Al igual que con el giro anterior hacia la industrialización en los años 30, la adaptación de los años 90 a la nueva era de la globalización fue más o menos afortunada dependiendo de cuál fuese el nivel anterior de diversificación económica. Así, países como Brasil o México tenían más posibilidades de tener los recursos necesarios para encontrar un modo de integración - aunque fuese subordinada - en el nuevo orden que los países más pequeños, menos diversificados que tenían más probabilidades de continuar un modo de integración de exportación agrícola. Éste también fue el destino de Argentina después del colapso dramático de la economía en 2001.

El "balance final" de las reformas neoliberales de los años 80 en realidad fue bastante simple. Sebastian Edwards (2010: 97), que fue jefe de Latinoamérica en el Banco Mundial muchos años, lo explicó claramente cuando dijo que

para sacar el máximo provecho de las oportunidades que ofrece la economía mundial - y no sucumbir ante la competencia internacional - los países necesitan un mercado laboral estrecho y dinámico. Las empresas deben poder adaptar sus plantillas rápido y a un coste bajo. Esto significa que la legislación laboral debe ser flexible y que los costes de contratación y de despido deben mantenerse lo más bajos que sea posible.

Si bien este imperativo era un impulsor del cambio, se enmarcaba en un plan estratégico más ambicioso para transformar toda la sociedad. Entonces, a posteriori, vemos que los años 80 fueron una clara fase de transición a un nuevo modelo de desarrollo y de régimen social de acumulación. La diferenciación social se acentuó así en todos los niveles de la sociedad. Se trató realmente de una nueva gran transformación, comparable por su impacto a la que había observado Polanyi en la emergencia de la industrialización. La sociedad, la política y la cultura se verían completamente transformadas por este nuevo orden.

Los analistas críticos, sin embargo, siempre fueron conscientes de las contradicciones del modelo neoliberal. Como dice Marcus Taylor (2009: 67), "Lamentablemente para los utópicos neoliberales . . . la visión que han perseguido era irrealizable debido a la inverosimilitud de las hipótesis a partir de las que empezaron las hipótesis neoclásicas del mercado". Críticos anteriores, como Polanyi, habían expuesto claramente desde la II Guerra Mundial las limitaciones de una política de mercado libre o no regulado. Sencillamente, no era una estrategia de desarrollo viable o sostenible. Se podría decir que algunos críticos internos como Joe Stiglitz podrían querer salvar la globalización del neoliberalismo y reconstruirla sobre una base más estable y consensuada, pero de un modo u otro, la ilusión de "un camino verdadero" hacia el desarrollo se había esfumado.

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

Dentro de América Latina, las ilusiones en torno al Consenso de Washington como una estrategia viable de desarrollo empezaron a desvanecerse con la llamada Crisis del Tequila de México en 1994. En 1995, el Banco de Desarrollo Interamericano avisaba de que esta crisis mostraba la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas frente a los choques internos y externos (IDB, 1995). Esto no era simplemente un resultado económico en el que las contradicciones inherentes del modelo estaban saliendo a la luz. Claramente estaba teniendo un efecto dominó en términos políticos ya que las prestaciones sociales (al menos para una parte de la población) estaban siendo cuestionadas. Como recuerda Francisco Panizza (2009), el cuestionamiento del paradigma afectó incluso a algunos de los intelectuales orgánicos del modelo, como Sebastian Edwards. Apenas un año después de publicar un libro en el que alababa los logros de la reforma del mercado, Edwards escribía en un artículo influyente en *Foreign Affairs* que mientras que la región "había sufrido una transformación notable, los resultados económicos eran decepcionantes y la situación social de la región daba pocas señales de mejorar" (citado en Panizza, 2009: 124). La realidad estaba empezando a asumirse.

Ningún paradigma se hunde, sin embargo, sólo a partir de sus contradicciones internas. Durante un tiempo considerable puede adaptar sus teorías, modelos y políticas para encajar con el entorno cambiante, incluyendo los hechos que lo habían contradicho. Así, las diversas situaciones de crisis (al menos hasta el derrumbe económico de Argentina a finales de 2001) se podrían absorber y se podrían realizar ajustes. Gradualmente, no obstante, surgió un postConsenso de Washington que buscaba mantener la confianza en sus postulados originales mientras moldeaba el mensaje para adecuarlo al entorno más hostil y a las preguntas que se planteasen. Empezó a cobrar forma un nuevo plan de desarrollo sin que se cuestionase abiertamente el modelo antiguo. El papel del estado se restableció sigilosamente. La lucha contra la pobreza y la desigualdad adquirió una urgencia nueva y se reconoció abiertamente que el mercado no tenía todas las respuestas.

Desde una perspectiva histórica general hay pocas dudas sobre la idea de que fueron los hechos en Argentina a finales de 2001 y principios de 2002 los que finalmente destrozaron cualquier espejismo que pudiese quedar sobre el neoliberalismo como proyecto hegemónico sostenible. Los años 90 habían visto a Argentina seguir una versión al pie de la letra del modelo de desarrollo neoliberal. Al final de la década, el modelo estaba en crisis, y hacia el final de 2001 los bancos se derrumbaron, con el consiguiente caos económico y social. La convertibilidad del peso en dólar americano era el eje del modelo neoliberal, y su colapso significó el colapso del modelo. Los bancos cerraron; los pequeños inversores vieron sus ahorros congelados en el notorio *corralito* (corral), y las clases medias, por una vez, se rebelaron abiertamente. En los meses siguientes, se forjó un orden social alternativo con asambleas vecinales y clubes de trueque que se organizaron para compensar la evaporación virtual del estado. Evidentemente, al final se restableció el orden, pero todo había cambiado para la política en Argentina y el modelo neoliberal.

La masiva movilización de principios de 2002 tenía un eslogan principal: *¡Que se vayan todos!* , con el que los manifestantes se referían a la clase política en su conjunto. Era una rebelión verdaderamente popular - de todas las clases - que expresaba un rechazo total del modelo neoliberal y de los políticos que la habían impuesto en Argentina. Todas las ilusiones llegaron a su fin: estaba totalmente claro que no se podía continuar por ese camino. El siguiente gobierno de Néstor Kirchner

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

restableció la estabilidad política y social en Argentina. No obstante, no se debe infravalorar el impacto de este episodio en América Latina y a escala global. La crisis de Argentina de 2001-2002 fue un presagio de lo que iba a ocurrir en los EEUU (y en todo el Norte) en 2008-2009: el sistema bancario que estaba en el núcleo de la estrategia financiera neoliberal ya no era estable, y su fracaso iba a llevar a una crisis sistémica. El impago de la deuda se convirtió no sólo en una opción posible, sino en una buena opción: algo que se fomentó en Irlanda, por ejemplo, en 2009, cuando se empezó a desarrollar la crisis del euro.

**MOMENTOS CONTRAHEGEMÓNICOS**

Si Gramsci era el teórico de la hegemonía por excelencia, fue Karl Polanyi quien articuló más claramente una teoría de la contrahegemonía adecuada a la era global. No es que simplemente, como algunos han dicho, Gramsci fuese "pesimista" y Polanyi "optimista". Estaban, en realidad, actuando en contextos muy diferentes, y sus prácticas políticas eran bastante diferenciadas. Sin embargo, ambos se movían en el contexto amplio del marxismo, incluso si Gramsci desarrolló un marxismo más abierto, aunque Polanyi se vio influido por otras tendencias políticas como el socialismo cristiano del movimiento de los gremios británicos. Creo que podemos encontrar perspectivas complementarias de los dos teóricos políticos que pueden informar la época de hegemonía postliberal en Latinoamérica.

En un famoso párrafo, Gramsci (2011: 169) escribió que "En Occidente el estado lo era todo, la sociedad civil era primordial y gelatinosa; en Occidente, había una relación adecuada entre el estado y la sociedad civil, y cuando el estado se tambaleaba, se revelaba una estructura sólida de la sociedad civil: El estado sólo era una trinchera de avance; tras ella había una sucesión de sólidas fortalezas y atrincheramientos". Después de 1989, una versión del concepto de sociedad civil de Gramsci despegó a escala internacional, por influencia directa de los acontecimientos de América Latina y, más tarde, de Europa del Este. Básicamente planteaba la sociedad civil como un espacio democrático contra el estado y todas las variedades de políticas de estado. De hecho, Gramsci no hacía una división clara entre la sociedad civil y la sociedad política como zonas diferenciadas de una formación social. La función de la hegemonía (sociedad civil) y la función de la dominación directa (sociedad política o estado) estaban unidas de manera inextricable, y la primera presuponía la segunda.

La distinción Oriente-Occidente ha dado origen a lecturas muy simplistas en las que Rusia = Oriente y Europa = Occidente. Pero para Gramsci esto no era una simple distinción geográfica, ni Occidente se veía como algo homogéneo. De hecho, los escritos de Gramsci sobre el americanismo y el fordismo (1971: II-3) se referían a las debilidades de la sociedad civil de los Estados Unidos, y caracterizaba Italia como una sociedad civil "infradesarrollada" dada su modernidad tardía y su estructura de clase mixta moderna/premoderna. Así, en el paradigma Oriente-Occidente de Gramsci el mundo no estaba dividido en temporalidades diferentes. Era un dispositivo analítico histórico y no geográfico. De esta lectura extraemos las posibilidades de situar a América Latina en la categoría de Occidente, aunque sea con las especificidades dictadas por la naturaleza de su colonización y consiguiente desarrollo y transformación social.

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

Por su parte, la problemática de Polanyi plantea la posibilidad de que la historia avanzase a través de una serie de "movimientos dobles". Así, la expansión del mercado condujo al "gran mercado" que hoy en día llamamos "globalización". Pero, como sostuvo Polanyi (2001 136) y podríamos sostener más aún hoy en día, "a la vez se ponía en marcha un contramovimiento". Este contramovimiento reaccionaba contra la dislocación de la sociedad y el ataque al propio tejido social al que había llevado el mercado autorregulador. El "movimiento doble" consistía en un liberalismo económico que impulsaba la extensión del mercado autorregulador, por un lado, y el principio de "protección social", que defendía los intereses sociales de la acción perjudicial del mercado, por otro lado. Esto es posible por medio de legislación de protección o de varias asociaciones colectivas como los sindicatos, como mostró Polanyi. A medida que una nueva forma de vida se extendía por todo el planeta -"con un carácter de universalidad sin parangón desde la época en que el Cristianismo empezó su carrera" (136) - un contramovimiento diverso empezó a vigilar su expansión. Esto no sólo incluía las clases sociales - involucradas directamente en el proceso -sino que fue una reacción generalizada de la sociedad. Fue en gran medida un movimiento de defensa; para Polanyi fue "espontáneo", y no incluía alternativas sociales o políticas que ya se hubiesen acordado.

Entendida en su sentido más amplio, la noción de Polanyi de un contramovimiento social se podía ver como una teoría incipiente sobre la contrahegemonía. Para Gramsci, los órdenes de clase modernos "occidentales" pueden imponer una "hegemonía" en la sociedad como conjunto, en la que el consentimiento es tan importante como el control directo de la represión. A través de los órganos de la sociedad civil - como las iglesias, colegios, sindicatos y medios de comunicación - es como se construye y se mantiene la hegemonía. Gramsci, comunista ortodoxo en la práctica, vio al partido del proletariado como un agente de la contrahegemonía. Para Polanyi, por otro lado, que había roto tanto con la socialdemocracia como con el comunismo y estaba más influido por el gremio socialista y las tradiciones socialistas cristianas, era fundamentalmente una reacción social al mercado que iba a espolear a un movimiento contrahegemónico. No sólo las clases subalternas sino también los poderosos intereses capitalistas se verían amenazados por la anarquía del mercado y por ello reaccionarían. Para Polanyi (2001: 136), "Esto era más que el comportamiento decisivo habitual de una sociedad que se enfrentaba al cambio; era una reacción en contra de una dislocación que atacaba al tejido social, y que habría destruido la propia organización de la producción que el mercado había creado".

Los movimientos que luchan por la soberanía nacional o regional, aquellos que buscan proteger el medio-ambiente, y la variedad de movimientos que reclaman justicia social o reconocimiento forman parte de este amplio contramovimiento. De maneras distintas pero interrelacionadas, hay peticiones de que la economía se vuelva a arraigar en las relaciones sociales. Cuestionan el movimiento hacia la "mercantilización", buscando así la "desmercantilización" de la sociedad y la reafirmación de valores morales y culturales. Contra el materialismo y los valores dictados por el mercado, el contramovimiento social generado por la globalización neoliberal pone en primer plano la democracia de la sociedad civil y el valor social de lo que hacemos. Como Polanyi (2001: 151) señaló sobre su época, "La gran variedad de modos en los que apareció el contramovimiento 'colectivista' [se debía a] la amplia variedad de intereses sociales que se veían afectados por el mecanismo del mercado en expansión".

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

**FUTUROS LATINOAMERICANOS**

Se podría decir que ahora estamos viviendo un periodo de interregno en Latinoamérica. El modelo hegemónico nacional-popular basado en el estado no se puede revivir en unas condiciones de globalización, pero el proyecto hegemónico neoliberal está, por su parte, evidentemente agotado. Como Manuel Antonio Garretón y sus coautores (2003: 99) explican, incluso antes de la Gran Recesión, "la región se enfrenta a un vacío que ha dejado el fracaso del proyecto neoliberal". Plantean la emergencia de una nueva matriz sociopolítica multicéntrica basada no sólo en los vínculos constantes con la economía mundial sino también en "fortalecer la autonomía, la complementariedad, y las interacciones aplicables mutuamente entre el estado, el sistema de representación y la sociedad civil" (100). Examinar en qué medida se han construido una nueva matriz de desarrollo y un sistema hegemónico en la década transcurrida desde que se presentó este argumento es ahora nuestro objetivo.

Ahora nos encontramos ante el agotamiento del desarrollismo sin que se hayan logrado sus propósitos. Desde luego, la modernización y el desarrollo han sucedido, pero no han creado una nueva matriz estable y sostenible para el desarrollo. Francisco de Oliveira (2003: 44) analiza las limitaciones y deformaciones del Brasil contemporáneo de un modo claramente relevante para el resto de América Latina, que quiere seguir los pasos de Brasil. La "revolución pasiva" de Brasil, según Oliveira, consiguió dar un enorme salto hacia delante para las fuerzas de producción y la adaptación positiva a la Segunda Revolución Industrial caracterizada por el fordismo. Se trató de una "forma de *transformismo*  típicamente brasileña, como una modernización conservadora, o una revolución en la producción sin la revolución burguesa". Cada ciclo de modernización - ya esté dictado por un gobierno civil o por uno militar - simplemente confirmó el papel subordinado de Brasil en la división internacional del trabajo. La reforma agraria habría recorrido mucho camino en cuanto a conseguir una modernización profunda de las relaciones de producción, pero ninguna fuerza burguesa parecía interesada o capaz de hacerlo.

Donde el análisis de Oliveira se pone más interesante es en la crítica fulminante del gobierno de Lula por parte de este fundador del Partido de los Trabajadores. Fundamentalmente, lo interpreta como "una nueva combinación de neopopulismo y estratificación del partido, reforzada por limosnas social-liberales por un lado, y corrupción del gobierno por otro, [que] ha ayudado a forjar un nuevo tipo de dominio de clase que se podría caracterizar como 'hegemonía al revés'" . (Oliveira, 2006: 5). El que se haya creado una nueva clase (caracterizada por su acceso al dinero público) o no es debatible, pero sin duda podemos ver que el estado se convierte en el Partido de los Trabajadores y viceversa. A pesar de la posición inexpugnable de Lula, la sucesión de escándalos de corrupción que afectaron a las altas esferas de su partido hizo un flaco favor a su potencial transformador. La dependencia externa se mantuvo, y la desigualdad continuó a pesar de una pequeña reducción de la tasa de pobreza absoluta. La clase trabajadora - que creó el Partido de los Trabajadores - se ha visto diezmada, y la informalización y la precarización son predominantes. Quizá estemos presenciando (como en Sudáfrica) un tipo de hegemonía al revés en la que la clase dominante fortalece su control de la economía mientras que las fuerzas políticas progresistas (o antaño progresistas) asumen "el liderazgo moral de la sociedad".

Descargado de [lap.sagepub.com](http://lap.sagepub.com/) en UNIV OF CALIFORNIA RIVERSIDE el 7 de noviembre de 2016

Si algo como la "hegemonía al revés" está sucediendo en Brasil, claramente la vanguardia del movimiento capitalista en América Latina, entonces las posibilidades de transformación social se han visto retrasadas indefinidamente. El Partido de los Trabajadores, así como los sindicatos y movimientos campesinos dinámicos de Brasil, fueron los que más se acercaron a aportar una contrahegemonía alternativa. La globalización de la economía y la descomposición de la clase trabajadora causada por la financialización parecen, por ejemplo, cerrar la puerta a la modernización progresista con igualdad tal y como defiende la Comisión Económica y Política para América Latina. Si el control capitalista bajo un gobierno de izquierdas en Brasil, indudablemente, se ha estabilizado, puede que estemos presenciando un nuevo fenómeno político. Para Oliveira, la fórmula gramsciana de "fuerza + consentimiento = hegemonía ha sido puesta del revés; el consentimiento claramente prevalece, pero "ya no son los dominados los que consienten a su propia subordinación, ahora son los dominantes los que consienten a ser 'dirigidos' con sensatez por representantes de los dominados, bajo la condición de que no cuestionen los tipos de relaciones capitalistas" (Oliveira, 2006: 22). Si bien aún no podemos imaginar este análisis como un paradigma nuevo, quizá debería hacernos mirar hacia otro lugar en busca de nuevas luchas contrahegemónicas.